

CRÓNICA DE BADAJOZ.

PERIODICO DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

Se publica en los días 3, 8, 13, 18, 23 y 28 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En toda España, 6 rs. al mes.—En Portugal, 18 rs. trimestre. Anuncios, 1 real por línea para los no suscritores. Los que lo sean tendrán derecho a que se les inserte una vez al mes un anuncio que no pase de 10 líneas. Si escudiere de este número, pagarán medio real por cada una de las que resulten de escaso.—Comunicados, a precios convencionales.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la administración del periódico, calle de Arco-agüero núm. 3.
Los señores de fuera de la capital que deseen suscribirse, se dirigirán al administrador de LA CRÓNICA, acompañando en libranzas ó sellos de franqueo el importe de un trimestre.

Crónica de Badajoz.

OBSERVACIONES Y RECTIFICACIONES.

Todavía puedo yo decir algo sobre el tema de la *haraganería extremeña*, y lo voy a decir, valga por lo que valga.

No quisiera sostener una polémica con mi ilustrado amigo Juan Uña, porque para las luchas de la inteligencia, a él le sobran condiciones que a mí me faltan. Un joven que tiene merecida reputación literaria, que ha sido redactor de un periódico político importante, y hoy director de una Revista científica, no es un atleta con quien se atreverán todos. Yo que le debo muy buenos consejos en literatura, debo desconfiar de mis fuerzas al ocuparme de los escritos del maestro.

Aparte los epítetos, con que sin merecerlo me honra, y que yo acepto si no son más que la expresión de la buena amistad que nos ha unido desde niños, me voy derecho a lo que yo llamo el alma de la cuestión, y después me ocuparé de lo demás.

En dos casos únicamente, dice Juan Uña, es la asociación consecuencia inmediata de la actividad individual para los grandes fines de la vida: cuando los esfuerzos del individuo no bastan a cubrir sus primeras necesidades, en cuyo caso el instinto de conservación le arrastra a unirse a sus semejantes, y cuando los luminosos principios de la ciencia abren a su entendimiento nuevos y dilatados horizontes. «En ninguno de estos casos se encuentra Extremadura. Luego estamos en un período de transición». Voy a discurrir con calma.

Yo creo que siempre la actividad y la inteligencia obrando de consuno engendran el espíritu de asociación; entre una y otra existe la misma relación que entre la palanca y el punto de apoyo. Económicamente hablando, la actividad sin la inteligencia, y la inteligencia sin la actividad son dos potencias negativas, infecundas. Esto me lleva a pensar que su coexistencia no puede dejar de ser. Sucede que efecto de las condiciones geográficas y climatológicas y por un millón de razones más, la actividad sobrepaja a la inteligencia, y en este caso parece encontrarse Extremadura, según se desprende del artículo de Uña.

Dejo aquí de enlazar otros razonamientos, y voy a permitirme una ligera digresión que conviene a mi propósito, y que servirá de eslabón entre lo que he dicho y lo que pienso decir.

El instinto de conservación no puede despertar en el hombre la idea de asociación. Si es posible que quede reducido el hombre a la miserable condición de un bruto,—lo cual no es creíble por más que en sus actos no revele otra cosa.—como el instinto no es otra cosa que una actividad ininteligente que tiende solo a la conservación ó reproducción del individuo, claro es que esta ciega actividad no puede arrastrar al hombre a unirse con sus semejantes, porque no teniendo más móviles que la conservación orgánica, satisfecha esta necesidad, la actividad muere.

El hombre se une a sus semejantes, se asocia, porque es inteligente. Dos labriegos de nuestro país van a demontar terrenos a Sierra-Morena, y como habían de alejarse uno de otro, se acercan. Lo hacen así, no porque el instinto de conservación los arrastra, sino porque ambos comprenden las ventajas que la unión proporciona. Socorrerse en las enfermedades, defenderse de algún ladrón, prestarse herramientas, y combinar sus esfuerzos en casos dados, son otras tantas cosas que no han sucedido; pero que ellos ven con el catalejo del porvenir, que es la previsión organizada, y esta previsión organizada es lo que constituye la asociación.

Ahora bien, por mucho que las condiciones geográficas y climatológicas hagan que la actividad sobrepaja a la inteligencia en Extremadura, nunca será tanto que puedan equipararse los ricos propietarios de nuestro país con los dos labriegos en cuestión. No habrá tal vez un rico extremeño que no se avergonzara de semejante comparación, por que las personas acomodadas siempre dirigen algunos esfuerzos a su perfeccionamiento intelectual, mientras el hombre del campo los necesita casi todos para ganarse de comer. Concuencia; los dos labriegos organizan su poca ó mucha previsión, formando una asociación imperfecta, porque a su débil penetración no se escapa, ni creo se escape a la del más tosco, que no puede ser malo socorrerse en las enfermedades, prestarse herramientas, auxiliarse, en fin, para todos los fines de la vida; y los ricos propietarios que tienen más inteligencia y que deben comprender por lo tanto formas de asociación mucho más perfectas, vemos con disgusto que no hacen nada que tienda a mejorar la condición de sus hermanos, y hasta la de ellos mismos.

¿Por qué siendo tan sencillos los fundamentos de la asociación é incuestionables sus ventajas dejamos de asociarnos? Por falta de ilustración, dice Uña; por sobre de egoísmo contesto yo. Parece que están reñidas estas dos palabras, ilustración y egoísmo; y Juan Uña lo cree así cuando afirma en su artículo que ilustrándose nuestros compatriotas sus pasiones dejarán de ser mezquinas. Sin embargo, una triste experiencia me ha enseñado que estas dos palabras viven en íntimo consorcio en la generalidad de los hombres que pasan entre nosotros por instruidos. Ya se que se me puede hacer la objeción de que no será una instrucción sólida. Entonces yo quiero que se me diga que grados de ilustración hay que considerarle a un pueblo para que se asocie, por que si a todo lo que pudiéramos aspirar hoy los hombres de buena voluntad, es a que el pueblo ignorante llegase a adquirir la ilustración de esos hombres, y era insuficiente aun, sería necesario confesar que la asociación, ó estaba en las fronteras de la imposibilidad, ó la ciencia por sí sola no es capaz de realizarla.

Cada vez que yo veo a muchos hombres instruidos con rastreras aspiraciones y una mezquindad que raya en desvergüenza, y a muchos otros, en quienes nadie se fija y que no han

abierto nunca un libro, generosos, expansivos, que saben darse a los demás, si la historia no me patentizara el progreso, creería que el dogma de la perfectibilidad era una ilusión científica. ¿Qué obstáculos, pues hacen aquí tan dificultoso el progreso? ¿Porque la ciencia que demuestra palmariamente la verdad, desciende al alma de nuestros hombres instruidos como la piedra a los abismos del mar? ¿Qué es esto? Si aquí hay ilustración bastante para hacer más de lo que se hace ¿dónde está la causa de este quietismo? Veámoslo.

He dicho que por sobre de egoísmo dejamos de asociarnos y progresar, y voy a demostrarlo, aunque las circunstancias no me permitan hacerlo como yo quisiera. Per regla general los ricos propietarios de nuestro país, a quienes yo concedo,—por lo menos dos ó tres de cada pueblo que por su inteligencia influyen en los demás,—la ilustración bastante para asociarse, y de quienes debiera esperarse los primeros pasos en el camino de las reformas, viven enfangados en miserables cuestiones de localidad, hijas unas veces de odios personales; y casi siempre de esa rapiña que trae consigo la propiedad mancomunada, y nunca se levantan a plantear mejoras de carácter general. Esta falta de expansión reconoce además otras muchas causas, de las cuales el interés personal, no templado por el principio simpático y la falta de autonomía, efecto de nuestro pasado y aun de nuestro presente, son las principales y las generatrices de las demás.

Es el interés personal como sabe todo el mundo el hipomodion de la palanca del progreso; pero cuando se someten a él la religión, el amor y la amistad, entonces la sociedad es como la estatua bíblica que tenía el cuerpo de oro y los pies de barro. Si es muy cierto que el *cada uno para sí* de nuestros economistas no es más en último resultado que el *cada uno para todos* de los socialistas, también lo es que aquella fórmula del individualismo es insuficiente por sí sola para lo contrario estaría demás la asociación. Los ricos propietarios de nuestro país no piensan en asociarse por que hallan con facilidad riqueza bastante para contentar cuanto es posible su interés personal, la fecundidad del suelo les brinda, sin hacer grandes esfuerzos, para cubrir sus necesidades y hasta para hacer buenos ahorros, y como ven que se enriquecen con facilidad, no se cuidan de otra cosa. Ellos dicen ¿cuál será siempre el resultado de las teorías económicas? ¿El enriquecernos? Pues están demás para nosotros que nos enriquecemos sin ellas. Y tienen razón hasta cierto punto; pero no consideran que ese egoísmo ciego relaja todos los vínculos sociales y sobre todo las relaciones entre el capital y el trabajo, esponiendo la sociedad a espantosas convulsiones. Es un interés personal mal entendido; y no se me arguya con que la ilustración es capaz de encausarlo, por que yo le he visto por boca de los hombres instruidos salirse de todas las teorías. Mientras el trabajo valga lo que vale

en Extremadura por falta de asociación; mientras el capital sin grandes esfuerzos produzca lo que aquí produce, en vano se pedirá que dejen flo cierto por lo aleatorio; y si le pedis sacrificios para mejorar la condición del trabajo, como medio de afianzar la paz, se reirán también: es que no ven la mano del festín de Baltasar escribiendo las tres palabras misteriosas! ¿Qué hacer entonces? Por nuestra parte gritar uno y otro día que esa conducta tendrá siempre abiertas las puertas del templo de Jano, y si no se empujaban, decirles.

Sentiría que mis palabras se interpretasen mal; sin embargo, nada hay en ellas que no esté inspirado por el más ardiente deseo del bien. Quiero que mis paisanos las mediten, sin tener para nada en cuenta la insuficiencia de quien las escribe.

No es la asociación una palabra sin sentido, una flor sin aroma cogida para adornar el lenguaje nada más; estreña un problema de vida ó muerte para la humanidad. Por más que yo trate esta cuestión, y os parezca la clava de Hércules en manos de un niño, no desprecieis la idea, que si algo tiene de pequeña, es el tosco molde en que yo la vacio, la forma incorrecta con que yo la expreso; pero nada más.

La asociación voluntaria en que cada uno entra y sale libremente, bajo condiciones determinadas por la experiencia, es el único remedio eficaz para estas tres plagas de la humanidad, la miseria, la servidumbre y la corrupción. Esto no lo digo yo porque si yo lo dijera lo escucharíais con desdén, esto lo ha dicho el P. Lacordaire. Un sacerdote y un sabio no debe ser una persona sospechosa para vosotros; inclinad vuestra frente ante su autoridad.

Volviendo a la cuestión con mi excelente amigo Juan Uña, le diré con la desconfianza propia de mi escaso valer, que tengo la creencia firmísima de que el indiferentismo religioso es uno de los mayores obstáculos a la asociación. Esa religión fundada en el amor, debe contribuir poderosamente a que los hombres se acerquen, y la falta de asociación está diciéndolo a gritos que hay aquí mucha religión en los labios y poca en el corazón. Mas que nuestro pasado, mas que nada, el obstáculo principal a la asociación, es el indiferentismo religioso. Quisiera ver destruida esta creencia por la lógica incontrastable de mi amigo, porque para ello tendría que probarme que el indiferentismo no existe.

A esta aseveración podrá contestarse también que la irreligión es un síntoma de la ignorancia y que con la ilustración desaparecerá este obstáculo. No sabré decir por qué; pero es un hecho innegable que la religión y la filosofía se miran de reojo. Si fuera verdad que la irreligión es un síntoma de ignorancia, Rousseau, Voltaire y otros serían ignorantes. Si se me arguyera que el pueblo desconoce todavía, el ama a tu prójimo como a tí

mismo», que es toda la ley y los profetas, y que necesita ilustrarse para comprender esta sencilla doctrina. Habría que confesar á despecho nuestro, ó que el catolicismo no tiene hoy mas importancia que la que pueda tener una pirámide de Egipto, un monumento cualquiera digno del estudio de la arqueología, ó que los hombres de ayer eran mas ilustrados que los de hoy, puesto que morian por él y ambas cosas no son verdad.

Para que mi amigo Uña no crea que estoy en contradicción al afirmar en mi anterior artículo y en este que Estremadura no saldrá de su histórica apatía mientras no se ilustre, y que los hombres se asocian por que son inteligentes, voy á dar una breve explicación. Siendo el progreso la marcha lenta y progresiva de la humanidad hácia la perfección, claro es que la ilustración es el faro que dice á los navegantes donde está la playa, ese nivel común que parece que se aleja á medida que las generaciones avanzan; pero aunque esto es tan esencial al progreso, como el vapor á la locomotora, no por eso dejará de haber otras causas, que yo llamo de segundo orden, que levanten obstáculos á la marcha progresiva de la humanidad, y otras que, sin ser la ilustración, pudieran contribuir muchísimo á hacer aquí posible la asociación.

Ahora es cuando yo me voy á hacer una pregunta que Uña quiso que me hubiera hecho antes. ¿A que estará condenada nuestra pobre Estremadura si son verdad mis razonamientos? Si la ilustración es esencial al progreso, y aquí se rechaza; si un egoísmo inculcable ahoga entre sus brazos todos los consejos de la ciencia, si una religión traída del cielo y que debería contribuir poderosamente á la asociación, se vá helando en nuestra alma ¿que sera de Estremadura? Yo lo diria si pudiera decirlo: en la conciencia de Uña, en la conciencia de todo el mundo está la contestación.

Efectivamente, la fertilidad del suelo es un obstáculo á la asociación. Para destruirlo no hay mas remedio que las vías de comunicación. ¿Y cuando se hacen? Muchos ingenieros pagado por el Estado, mucho hablar de caminos, y nada, quietos y voces. Nuestro elocuente amigo José Tercero, ha dicho con muchísima razón que para alcanzar los beneficios del progreso, es necesario moverse y hacer algo, y aquí no hacemos nada, aunque permanezcamos aislados, como él dice, y viviendo en la plétora que engendra la miseria.

Es indudable que las condiciones geográficas y climatológicas influyen en nuestra manera de ser; pero no estoy conforme en que la mayor parte de la bondad de nuestro carácter se deba al suelo y á la atmósfera. Si como pais montañoso concedo á los extremeños energia y fuerza, y cierta altivez que imprime al alma la elevación de las montañas, cosas que nos han valido un epíteto grosero é infundado, como pais meridional le concedo también algo de la languidez de los americanos.

Tengo deseos de concluir por que estoy fatigando mucho la atención de mis lectores, y por que me vá á faltar tiempo para despedirme de mis amigos y arreglar las cosas del viaje que mañana mismo emprendo á Badajoz.

Sin embargo, no concluiré sin decir á mi cariñoso amigo Juan Uña, que me alegro de que haya castigado mi desconfianza leyendo nuestro humilde periódico, y ójala que recibiera un castigo igual de toda la provincia; que respeto el juicio que hace del Almanaque, y le aseguro que haré todo lo posible para que no deje de publicarse; que nunca fue mi ánimo ofenderle como parece indicar cuando dice que no fueron una lisonja las favorables condiciones de carácter que atribuyó á los extremeños en particular, y que ama la verdad mas que á su patria; por último, yo tendria una gran sa-

tisfacción en que volviera á honrar otra vez nuestro *periodiquillo* con un artículo bueno, como todos los suyos.

M. BARRIGA SOTO.

Segun ofrecimos en el número anterior, publicamos á continuación un artículo publicado en la «*España en Paris*», sobre el cual llamamos la atención de los lectores.

LOS MERINOS DEL SR. GILBERT.

En una casita de madera contigua al pabellon de España, y como excitando nuestra envidia, ya que no provocando nuestra vergüenza, ha establecido el Sr. Gilbert de Wideville una exposición de carneros merinos, la cual podrá servir de escuela á los ganaderos españoles para decidirse á sacar de su reconocida postración una de las mayores riquezas del país. Cuando en 1787 se mandaron de España á la granja de Rambouillet unos cuantos merinos de nuestra, con abjeto de propagar su excelente raza, el abuelo del actual poseedor adquirió dos de ellos en mil y cien reales, y se dedicó á aclimatar y mejorar la especie en sus posesiones. De qué modo lo haya conseguido, se demostrará con solo decir que pesando en aquella época nuestros carneros ciento treinta libras á los tres años, y produciendo nueve libras de lana, hoy sus hijos á la misma edad pesan doscientas y cuarenta libras, y producen veintidos de vellon.

Como se ve, la diferencia es muy crecida en favor de la industria francesa; pero ¿cuánto mas no ha de serlo comparando lo que pesaban los carneros españoles en 1802 y lo que pesan los trashumantes de Leon y Extremadura? ¿Qué peso tienen los miserables y raquíticos carneros que se destinan al degüello en Madrid? ¿Cuál es la producción y calidad de las lanas de hoy comparativamente á 1802?

Todos esos milagros que el Sr. Gilbert y otros infinitos, patentizan en el parque de Paris, se deben á la estabulación en primer término y al forraje y la remolacha despues. Donde la ganadería es una industria seria que exige cuidados y cavilaciones, allí progresa de un modo fabuloso como está sucediendo en el norte de Europa: donde es simplemente una propiedad entregada al acaso, y lo que es peor, á los riesgos é inclemencias de la trashumancia, allí se extingue y debilita como entre nosotros, ya que no pueda parecer por circunstancias que debemos á la naturaleza.

El Sr. Gilbert pide por cada carnero de treinta meses siete mil y seiscientos reales, lo cual se comprende muy bien cuando se sabe que en los diez últimos años le han arrebatado á grandes precios para aclimatar en diversas naciones, 446 morruecos y 1.052 ovejas: hijos todos de aquellos dos merinos españoles que su abuelo compró en Rambouillet, cuya casta produce hoy una renta contesada de doscientos sesenta y dos mil reales anuales.

Si algun ganadero español dudase de estos datos, puede exigir las pruebas, que con la mayor curiosidad hemos adquirido, y sobre todo visitar los carneros que pastan en el parque é intentar su compra.

¿Qué extraño es, pues; en vista de tales antecedentes, que á pesar de los esfuerzos del Jurado español nuestro país no haya obtenido sino el sétimo lugar entre las naciones laneras, no obstante haber sido él, quien introdujo y propagó la semilla?

El correo de Madrid llegó ayer con retraso á esta población.

Ayer circuló en esta capital la noticia de que algunos hombres se presentaron el día 1.º en la villa del Haba, exigiendo cierta cantidad en dinero, y víveres; pero que el Alcalde, auxiliado de algunos guardias civiles y vecinos del pueblo, consiguió hacer marchar á los autores de dichas exigencias, sin que las vieran satisfechas.

También oímos que alguna guardia civil habia salido en persecución de aquellos hombres sospechosos.

Leemos en nuestro apreciable colega *La Reforma*.

«*El Amigo del Pueblo*, apreciable periódico de Málaga, con motivo de la medida permitiendo la introducción de trigos extranjeros, dice que ahora es cuando deben las municipalidades gestionar para que vengan cantidades de trigo suficientes á evitar toda escasez y á impedir la carestía del artículo de primera necesidad para las poblaciones, con tanta mas razón, cuanto que el precio del pan es, digámoslo así, el barómetro del de los demás artículos alimenticios.

«Ahora, añade, es cuando se debe estimular cuando se debe impulsar el interés particular, y tratar por todos los medios imaginables de que no puede sin resultado la franquicia otorgada por el gobierno.»

Estamos conformes con la opinión del periódico malagueño, como en lo que dice respecto al plazo otorgado, que es efectivamente corto; pero esto no debe ser un óbice, porque aun cuando no hubiese próroga de tiempo (que creemos la habrá) es indudable que todos los pedidos hechos dentro de los cuatro meses que se prefijan para la introducción, y cuyos cargamentos no hayan llegado á los puertos á la terminación de aquellos, serán igualmente admitidos, pues siempre ha sucedido así, nunca se ha suscitado la menor duda».

Nosotros participando de la opinión de *La Reforma* creemos que en caso necesario se ampliará el plazo concedido para la importación.

En el partej de las noticias oficiales recibidas en el Ministerio de la Guerra el día 31 de agosto, que copian los periódicos de la corte, despues de indicarse que ya no existen partidas en Cataluña, y que se han refugiado en Francia Contreras, Pierad y otros, se dice que la hoja de aquel día era la última que se publicaría, por haber cesado el motivo que dió lugar á ellas.

En una importante escala se está estrayendo en esta capital uva de cuelega, lo cual, perfectamente acondicionada en cajones, se destina á los mercados de Iglaterra.

El precio á que se vende es el de 6 rs. arroba.

Ya se ha abierto el pago de la mensualidad de ayuntamiento para todas las clases que en esta provincia cobran del Tesoro.

Sentimos lo acaecido á nuestro apreciable colega *El Clarin*, periódico de Sevilla.

Variedades.

EL SUICIDIO.

(Conclusion).

Pocas horas despues volvía Juan precipitadamente á su casa, huyendo de D. Celestino y otros acreedores que se habian presentado en el escritorio á exigir el inmediato pago de un crédito. Llega á su cuarto, coloca sobre la mesa de noche una pistola, despues de haberla examinado con detención, y espera resignado el momento fatal con la sonrisa en los labios.

D. Celestino, miope de vista y de inteligencia, llega pocos momentos despues seguido de Alfredo, transformado como de lance, en acreedor rabioso. Juan saluda á entrambos cortésmente y espera que uno le dirija la palabra. El nuevo personaje, agente de negocios, é insensible por lo tanto á toda comunicacion de sentimiento, saca un papel de su voluminosa cartera y se lo muestra diciéndole con cómica gravedad.

—Hé aqui el objeto de mi visita. —Siento en el alma manifestar á Vd. que el estado actual de mis negocios no me permite en este instante.

—Prot-sta, embargo gruñe D. Celestino calándose los anteojos.

—Presidio, traosajos forzados, garrote vil; añade gritando Alfredo, al par que saca un número de *La Correspondencia* á guisa de pagaré y se lo presenta á Juan en el colmo del más estudiado furor.

—Señores, únicamente desearia de Vds. un pequeño plazo, dos ó tres dias...

—La moda ha desahutorizado ya esos subterfugios, replica D. Celestino levantando la voz al verse apoyado por Alfredo. Dos ó tres dias, y el ferro-carri! del Mediterraneo nos deja á los acreedores con un palmo de narices.

—Vuelvo á suplicar á Vds. —¿Súplicas? papel que no se cotiza, grita el negociante con furor.

—Pueriles estratagemas que no admitimos en pago de cantidades entregadas en oro de buena ley.

—Señores... —¡Dinero, dinero! clamorea D. Celestino con voz de energúmeno.

—¡Señor! esclama Juan elevando sus ojos al cielo; mis lágrimas no llegan al corazón de estos desalmados que la sangre que vá aderramarse caiga sobre sus cabezas de alcornoque. Y abalanzándose sobre la pistola que habia colocado sobre la mesa, levanta el gatillo y la dispara en su cabeza, derumbándose sobre el pavimento despues de haber lanzado una mirada moribunda sobre sus acreedores.

El agente y Alfredo se miran estupefactos. Este rompe por fin aquel silencio de muerte, y trémulo, con los ojos estraviados, le dice al primero.

—Usted ha sido el verdadero causante de su muerte. Aquellas palabras terroríficas pronunciadas por Vd. «Dinero, dinero» ha sido una onza de plomo para el cerebro de ese pobre desgraciado. La víctima aun se encuentra palpitante; ¿quién ha sido su verdugo? don Celestino. Yo le entregaré á la vindicta pública.

Y al terminar estas acusadoras palabras que escucha el agente en el colmo del estupor, Alfredo se apodera de su brazo y le obliga á salir del fúnebre dormitorio haciéndole salvar de un salto la distancia que les separaba de la puerta de la calle.

Ya en ella, Alfredo tropieza con un conocido al que le dice con misterio:

—Nuestro amigo Juan ha sido asesinado: silencio.

El agente de negocios que le seguia automáticamente, sin darse cuenta de su situación, escucha estas palabras y empieza á temblar lleno de espanto, diciéndole al fin á Alfredo:

—¿Me lleva Vd. tan pronto á la cárcel?

—No señor, á la fonda; le responde con severidad.

Y siempre seguido de D. Celestino penetró en el hotel que se hallaba más próximo.

Aquella misma noche, se leía en un periódico de noticias el laconico suelto siguiente:

«Una lamentable desgracia tenemos que comunicar á nuestros lectores. El simpático banquero D. Juan N. ha sido asesinado esta tarde en su misma casa. Competentemente autorizados, podemos asegurar que la justicia sigue la pista á los criminales.»

Alfredo y D. Celestino, que aún seguían en la fonda, comiendo el primero, silencioso desde que entró, y el segundo contemplando con angustia los movimientos de su compañero, al leer este párrafo se contemplaron por unos instantes.

—¿Persiste Vd. en la idea de entregarme, Sr. Alfredo? le dice al cabo el agente con timidez, accediendo á su oído.

—Hombre, no; he cambiado de opinión, al menos por ahora. La huida es inevitable y á las ocho sale el correo, D. Celestino.

¡Partamos!

—Ahora mismo. Yo acompañaré á Vd. hasta la frontera ó quizá un poco más lejos. De esta suerte, el autor no podrá ser habido, porque el telégrafo.

—Deme V. un abrazo de eterna gratitud, amigo del alma, le responde el agente conmovido.

—Pero ¿y mi cartera? grita de repente Alfredo, buscándola por los bolsillos del gaban con sobresalto. Es ya imposible nuestra marcha. Cuarenta mil reales contenía, que estarán á esta fecha en poder de la justicia, pues seguramente me la he dejado en aquella fatal casa.

—Si, sí, dice D. Celestino lleno de temor.

—Y volver á quella casa es lo mismo que entregarse, continúa reflexivo.

—Nunca, nunca, esclama el azorado el agente. Tengo dinero para V... en marcha.

—Parece Vd. un hombre honrado, le dice Alfredo con sonrisa burlona, dándole un golpecito en la espalda.

—Puedo jurar por la salvación de mi alma, que es el primer asesinato que he cometido en mi vida. Mas partamos

Y media hora después abandonaban

la corte, llevados en alas de cuatro caballos alazanes.

Han trascurrido dos meses desde los sucesos que acabamos de relatar. Alfredo, á quien D. Celestino ha querido pagar espléndidamente su criminal silencio, habita con él en un lujoso restaurant de la ciudad de Londres.

Es la hora del almuerzo y entrambos consocios se hallan frente á frente devorando un gran trozo de beafite que sazonan con repetidas libaciones. De pronto los ojos del agente se dilatan, y parece van á salirse de sus reducidos órbitas: su rostro verdinegro se torna paulatinamente en livido, y con pulso convulsivo se apodera de una carta que se encuentra sobre la mesa. Alfredo reconoce la letra del sobrescrito, y quiere apoderarse de ella con la rapidéz del rayo; pero ya era tarde, el agente de negocios rompe con precipitación el lema y lee lo que sigue:

—Amigo Alfredo; gracias á tu ingeniosa treta, hoy puedo respirar con libertad: he pagado religiosamente á todos mis acreedores, y es adjunta una letra á favor de D. Celestino, tu conhuésped, única persona que habrá de lastimarse con sobrado motivo de mi comportamiento poco generoso. Hoy ya me pesa haber seguido tus consejos, mas el corazon humano es muy egoista: vi en ellos el remedio y seguí tus inspiraciones. Mas confiesa francamente que aquella innoble farsa en la que tú, su amigo, figurabas el papel de furibundo acreedor, para exaltar la bilis del agente-victima, y justificar de esta suerte á sus ojos mi presunto suicidio llevado á cabo con un arma de fuego, únicamente cargada con pólvora, y el hacerle creer, valiéndose de especiosos argumentos, que él habia sido el fautor para que huyera, consiguiendo yo de esta suerte un plazo forzoso, confiesa, amigo mio, que es una trama diabólica é indigna de un corazon honrado. No prosigas por esa senda, cuyo primer tropiezo es una cárcel, y cuya resbaladiza pendiente conduce, por lo regular, á la ignominia de un patíbulo. Sigüeme consejos, ya que por desgracia he de arrepentirme de haber seguido los tuyos. —Juan.»

P. D. La cantidad que figura en la adjunta libranza excede de mil li-

bras esterlinas al débito que tenia pendiente con D. Celestino: una tercera parte es el interés que, en conciencia, creo ha reeditado su pagará desde la época de su vencimiento; la diferencia para que se reintegre de los gastos de viaje, hecho por mi causa, sobresaltos, abono de tiempo perdido y otras pequenezes, debiendo entregarte quinientas libras, cuyo pequeño capital, aumentado por medios legítimos, podrá servirte para purificar tu nombre al lado de tu amigo que te quiere.»

D. Celestino que habia empezado por mascar el contenido de esta epistola, terminó diciendo al par que se limpiaba las lágrimas que caían por sus mejillas:

—Nunca habia dudado de la lealtad de D. Juan, y perdono la farsa en que me ha hecho Vd. su juguete. Mañana salgo para Madrid.

—¡Consejos! esclama Alfredo pensativo sin oír las palabras del agente que se ha levantado de la mesa y se dispone para marchar á la calle ¡Oh! la amistad, palabra vana, oropel; mas cobremos los quinientos del pico.

Y sale tras del agente, el que le abandonó á las pocas horas, despues de haberle entregado la cantidad íntegra, regalo de su amigo.

¿Creen mis lectores que Alfredo sigue al pie de la letra los consejos de su amigo? Hace muchos años que vive en Inglaterra, y probablemente seguirá allí toda la vida, haciendo perder tiempo y dinero á los hijos de Albion, ingleses, dos veces ingleses para él; porque

árbol que crece torcido nunca su tronco endereza.

F. Muñoz y Ruiz.

LA FELICIDAD DEL MATRIMONIO.

Conozco yo un casado tan feliz y contento con su estado, que una vez no me vé sin que me invite á que busque muger y á que le imite. El lo pasa muy bien segun me dice, y su fortuna sin cesar bendice aunque el cielo le dió por compañera una niña holgazana y altanera,

y con tanta afición á devaneos que está siempre en teatros y paseos. Con él viven su suegra y tres cuñados que se lo comen por lo cuatro lados, y seis hijos y un primo de la esposa con quien ella se muestra cariñosa

No hay duda que segun su testimonio Es un cielo abreviado el matrimonio.

LA FARSA.

Gacetillas.

Cabos sueltos.—De el último número de nuestro colega el Gil Blas, tomamos los siguientes:

El rey de Babiera para saludar á la emperatriz Eugenia, le ha dado dos soberanos besos en las mejillas.

¡Ah! ¡Si yo fuera rey!

La infancia sabe calcular los grados del amor. Una niña de ocho años decía á su papá. —¿Me quieres mucho, papaito? —Mucho, hija mia. —¿Tanto como yo á tí? —O mas. —¡Imposible!... ¡tu tienes tres hijos á quien querer y yo no tengo mas que un papá!

Habla El Cascabel.—Un cura anglicano, preguntaba un día á un vecino del pueblo:

—¿Qué sabes de Lucas? Hace tres semanas que no se le vé en la Iglesia, y como persona de viso en el pueblo, se nota mucho su falta. ¿Será el socialismo lo que le ateja de mí?

- No, señor, es mucho peor. —¿Como? ¿será el deísmo? —No, señor, mucho peor. —Pues, que, ¿será á caso el aterismo? —No, Señor. —¿Acaso el panteismo? —No, señor. —¿O el arrianismo? —Menos. —Pues entonces ¿qué será? —El Reumatismo.

El Angel del hogar.—Hemos recibido el número 31 de esta amena publicación cuyo sumario es el siguiente:

«El camino de la dicha», por la señora Sinués de Marco.—Edades del amor poesía, por D. Tomás Rodríguez Rubio.—«La giralda», (continuación), por la Rosa.—«Filipina de Dampierre», por Mad. Bourdon.—«Ecos de a moda», por Florencia.—«Esplicacion y aplicación del Figurin», por Pamela. Con ese número se ha repartido un figurin que es de lo mejor que hemos visto en esta clase de trabajos y un pliego de la Galeria de mugéres célebres.

—¿Qué muebles ponía el señor conde en su salon?

—Los que en todas partes señor, divanes, sillones, sillas, piano...

Entonces el señor Bringuesingue, hacia ir á un tapicero y le mandaba amueblar su salon como el del conde.

Pero sobre todo, en los dias de recepcion, de grandes comidas, es cuando Comtois llegaba á ser un hombre precioso: ól era quien ponía la lista para la comida, quien indicaba el órden del servicio, el momento oportuno para levantarse de la mesa, la manera de tomar el café; él decía como habia de alumbrarse el salon, en qué sitios debian ponerse las mesas de juego, como se saludaba y recibia á los convidados; en fin, él era el que lo ordenaba todo, y cualquiera que lo hubiese visto mientras que daba todas estas disposiciones, hubiera podido tomar al amo por el criado.

Como á pesar de las lecciones que se hacia

el señor Bringuesingue, comprendiendo inmediatamente las ventajas de que gozaria en la casa de su nuevo dueño. En efecto, Comtois llegó á ser indispensable para el buen hombre, que antes de hacer la cosa mas insignificante, iba á consultarla á su doméstico.

Quería hacerse un frac, e inmediatamente hacia llamar á Comtois y le decía:

—¿Como mandaba á hacer sus fracs el señor conde?

—A la última moda, señor.

—¿Y el color?

—Siguiendo su capricho.

—Muy bien.

Y el señor Bringuesingue, dirigiendose á su sastre le decía:

—Hacedme un frac á la última moda, color siguiendo mi capricho.

Si se trataba de cambiar los muebles de un salon ó de una alcoba, era preciso llamar tambien á Comtois.

aun no habia desaparecido, aunque la buena señora contaba ya cuarenta y cinco años. Por lo demás, siendo constantemente de la opinion de su marido, á quien miraba como á un hombre superior, Mad. Bringuesingue esperaba siempre que aquel hablase para emitir su juicio.

Todas las afecciones de los dos esposos se habian naturalmente concentrado en su hija única.

La señorita Clodora tenia las facciones bastante regulares y para sus padres no habia otra mas hermosa. Le habian dado maestros de música, de dibujo, de inglés, de italiano, de baile, de geometría, geografía é historia. De todo esto habia resultado que á los diez y siete años la señorita Clodora cantaba en voz de falsete, dibujaba un ojo de manera que se le pudiese tomar por una oreja, decía yes que era todo lo que sabia del inglés y si señor: única cosa que habia aprendido del italiano, no bailaba llevando el compás, creía

Anton declara que el vicio de fumar ha deshechado; pero siempre que me encuentra me dice:—dame un cigarro. De lo que yo he deducido que lo que Anton ha dejado no es el vicio de fumar sino de comprar tabaco.

Anecdota.—Apremiaban los alguaciles á un pobre escritor para que pagase 20 duros á que habia sido condenado en juicio verbal y se escusaba él con que no tenia un cuarto. Nosotros, decian los alguaciles irritados, se los haremos hallar, que quiera que no quiera. Si eso puede ser, como ustedes dicen, contestaba el apremiado; si tienen esa habilidad, yo les ruego encarecidamente que me hagan hallar lo menos cuarenta, por que otros 20 me vendrán muy bien para mis necesidades.

Iba el pobre Marcelino por vino con dos botellas

que estaba barata y como eran gran rompió una en el camino. Y era su amo un baladí que armó una marimorena. —Como la rompistes? Di —Como he de romperla? Así y arrojó al suelo la buena.

Fabulilla.

A la orilla del Tigris un camello lloraba por tener muy largo el cuello, mientras al otro lado un sapo absorto lloraba por tener el cuello corto. Ten, amado lector, yo te lo encargo el cuello ni muy corto ni muy largo.

Un mono y una mona se miraron Y amor hasta la muerte se juraron, Pero al verse despacio al otro día

causó con la alm que repararas tus ilusiones.

Tres veces.

Tres veces tuve intencion decir que te queria y aunque mi genio no es corto se cortó las tres seguidas.

Tres cartas tuve dispuestas en que mi amor te decia, las unas en pura prosa, las otras con poesias.

Tres veces llamé á tu puerta con intencion decidida, de dejar entre tus manos una de las tres espistolas,

Y las tres veces el miedo me hizo dudar si serian agradables ó enojosas cartas por mi amor escritas. Y entre el temor y la duda perdí ocasiones propicias,

la chimenea, las vi aspirar consumidas.

Tres veces bailé contigo.

llevando bien aprendida la relacion amorosa

con que obligarte creia,

Y las tres me faltó calma y la memoria maldita

me hizo traicion como siempre y solo hablé tonterias.

Tres veces busqué á tu madre

que al fin y al cabo es mas lista y lo que ella no adivine

ni el demonio lo adivina.

Pero, ó no quiso entenderme,

ó fui torpe en demasia:

lo cierto es que del asunto no pude hablar ni una sílaba.

Ya ves tú como no es cierto,

por mas que muchos lo digan, aquel adagio que dice.

á las tres va la vencida.

Editor responsable, ANTONIO M. PRADO

SECCION DE ANUNCIOS.

ANUNCIO.

Por ser punto mas céntrico para las operaciones y concurrencias de los sócios de las dos provincias de Badajoz y Cáceres, se trasladan las oficinas de la sociedad titulada, Crédito Hipotecario Nacional, á la villa de Albuquerque.

Lo que se anuncia por medio de este periódico para conocimiento de los interesados.—Badajoz 13 de Agosto de 1867.—El subdirector, José Paez y Verdejo.

POSTAS SEVILLANAS.

Nueva empresa de diligencias entre Badajoz y Sevilla.

Esta acreditada empresa tan conocida del público por el esmerado servicio que tiene establecido en esta línea despues de las innumerables mejoras que ha introducido en el servicio, ha resuelto desde primero del corriente mes rebajar de los precios de tarifa la tercera parte á los militares que transiten en sus carruajes.

Los coches salen de su administracion, que está situada en la calle del Granado núm. 40, en el presente mes,

todos los dias impares á las cinco de la mañana, donde se espenden los billetes directos y se dan cuantos pormenores se deseen.

ARRIENDO.

Se arriendan ocho suertes de tierra, de cavida de 13 fanegas, con seiscientos veinte y seis piés de olivo poco mas ó menos, sita en las inmediaciones de

la villa de Talavera la Real, propias de Sr. Conde de Torre del Fresno y de su hermana doña Dolores Fernandez Mar-questa. El pliego de condiciones está de manifiesto en la casa calle del Gobernador núm. 9, piso bajo, hasta el dia primero de Octubre próximo, en que se ha de verificar el remate á las once de su mañana.

COMPANIA DE SEGUROS MUTUOS.

PATERNAL

sobre la vida.

Autorizada por real orden de 2 de Julio de 1860. Centro directivo, en Sevilla calle de la Cuna, núm. 40. Al frente de ellas se encuentra una Junta de Gobierno compuesta de sócios de reconocido arraigo, y del delegado del Gobierno que interviene todos los actos de las compañías.

Situacion de las mismas en 31 de Agosto de 1866.

PATERNAL.—Número de suscritores, 4.417, capital suscrito, 24.924,167 80: Depositado en el Banco, 8.276,000 rs. vellon.

BETICA.—Número de suscritores, 5451: capital responsable, 1318,487,437 reales con 25 milésimas.

El Subdirector principal y Banquero de estas compañías en las provincias de Extremadura, lo es D. Agustín Hurtado de Mendoza; su oficina está establecida en esta ciudad, calle de la Sal, núm. 18 y 20, donde estarán de manifiesto los prospectos y estatutos de estas compañías.

AVISO IMPORTANTE.

Se ha establecido en esta capital, D. Juan Antonio Castro agrimensor y perito, tasador de tierras, que ha puesto su oficina en la calle de Madre de Dios, núm. 15, á donde podrán dirigirse las personas que necesiten de sus servicios como perito Agrónomo.

Este interesado que, además del título legal de Agrimensor y perito tasador de tierras, posee el de ayudante temporero de obras públicas, destino que ha servido siete años, ofrece encargarse de cuantas mediciones: particiones y tasaciones de terrenos se le confien; así como de todas las operaciones facultativas que sean propias y exclusivas de su profesion, como levantamientos de planos, aforos, cubriciones y liquidaciones de obras, proyectos de aprovechamientos de aguas para riegos y artefactos y todo lo demás que á su clase concierne.

Hará uso en la aplicacion de sus trabajos, para las corporaciones, centros de Direccion y actos oficiales de las tarifas y aranceles vigentes y establecerá precios convencionales, con los particulares que la ocupen, en cualesquiera de los servicios que su profesion abraza.

Badajoz 23 de Agosto de 1867.—Juan A. Castro.

Impt. de la señora viuda de Arteaga Magdalena 3.

—74—

que Viena estaba en Inglaterra, y Edimburgo en Suiza.

Los señores Bringuesingue que no estaban en aptitud de aperebirse de los disparates que su hija decia con demasiada frecuencia en sus conversaciones, no cesaban de repetir que Clodora habia recibido una excelente educacion.

Sin embargo, para recibir gente, para tratar bien á sus convidados, para observar las costumbres de la alta sociedad, se habia encontrado á menudo muy embarazado el señor Bringuesingue y ni su muger ni su hija habian podido decirle lo que tenia que hacer. Una circunstancia de que se apresuró á aprovecharse, le sirvió maravillosamente.

El doméstico masculino habia sido encontrado varias veces en la bodega, totalmente embriagado. El señor Bringuesingue estaba decidido á buscar otro, cuando un dia supo la muerte de un rico señor que ocupaba un hotel próximo. Inmediatamente el ex-fabri-

—75—

cante de mostaza corre al hotel, pregunta por el ayuda de cámara del difunto y se hace conducir delante de él.

—Es usted el que servia al señor conde?

—Si, caballero.

—Cuanto le daba á usted?

—Seiscientos francos, trages, comida, casa y frecuentes gratificaciones.

—Yo le ofrezco á V. mil francos y las mismas ventajas; además hará en mi casa lo que quiera, solo cuento con usted para darme algunas veces ciertas noticias, es decir, para recordame cosas que yo he olvidado: habiendo vivido mucho tiempo en una provincia, no estoy muy al corriente en la costumbres de la buena sociedad de París. Usted, que servia á un conde que recibia en su casa á todo lo mas elegante de la capital, debe estar muy versado en todo eso... y puede instruirme.

Comtois, este era el nombre del ayuda de cámara, aceptó con placer la proposicion de

—78—

dar por Comtois temia aun cometer una torpeza delante de gente, tenia convenida una señal con su doméstico. Cuando su amo hacia alguna con que no era conveniente entre personas de buena sociedad, ó lastimaba las reglas de la etiqueta, Comtois se rascaba en la nariz y Bringuesingue, que tenia siempre fijos los ojos en su doméstico, quedaba advertido de que salia del buen camino y trataba de reparar su tontería.

Hé aquí cual era la familia Bringuesingue que gozaba de veinte y cinco mil francos de renta en el momento en que Edmundo Guerval hizo con ella conocimiento.

La casualidad hizo que el joven acompañase á la señorita Clodora en el piano, que hiciera bailar á su madre para que se completase una cuadrilla de rigon y que equivocándose llamase el papá señor de Bringuesingue. Desde entonces lo encontró encanta-

Antonio M. Prado